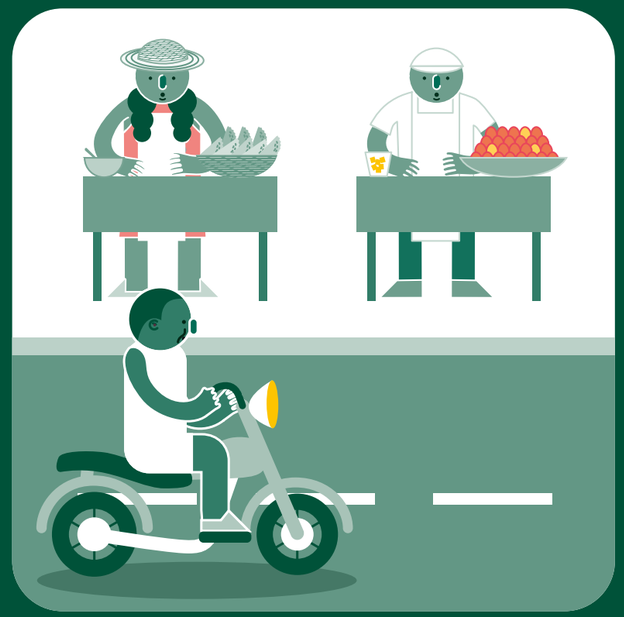
Cocinando la Paz

Con los pueblos afrocolombianos, negros, raizales y palenqueros de Colombia

¡Anselmo es mi manito! Lo conozco desde que nací. Nuestras familias vivían en la misma calle en mi pueblo, allá arriba en el Baudó. Entre la pesca y el fútbol fuimos construyendo una amistad fuerte que nos tiene acá, a punto de reencontrarnos diez años después en el Parque Centenario de Quibdó. Quién lo creyera: nos citamos aquí, bien lejos de la selva que nos vio nacer, justico frente a la Catedral que mira de reojo al imponente río Atrato en medio de este sol caliente. Menos mal nos encontraremos y partiremos de una vez a nuestra tierra, donde también hace bochorno, pero no tanto como en esta ciudad llena de ese pavimento que pone a hervir la tierra.

Cuando Anselmo llamó a contarnos que vendría, mi mamá se emocionó con la noticia porque él es un hijo más pa´ella: «quintico», le decía, porque era como su quinto y último crío. Lo cuidó cuando su comadre Rufina se enfermó. Mucho después, cuando ella murió y salimos corriendo del pueblo porque la cosa se puso caliente, lo trajo con nosotros. Mi pobre mamá pasó su poco'e trabajo: durante el día vendía empanadas en las calles de esta ciudad, pa´ luego llegar a aguantarse las maldades de tres hijos y dos hijas, a corregirnos tareas y a hacer la comida; todo pa´ terminar atendiendo la mayoría de noches al corrinchero de mi papá, que se instalaba en el patio con su poco de amigos a recordar su tierra con nostalgia al son de unos tragos y unas buenas partidas de dominó. Pero ella nunca se quejó y siempre hizo su mejor esfuerzo pa´ criarnos con amor en medio de los golpes duros que le daba la vida.



En esas llega el compadre. Con las canas que le asoman, cualquiera diría que está llegando al cuarto piso, aunque todavía nos falten dos años. Nos damos un abrazo sin decir nada: a buen entendedor, pocas palabras. Ni siquiera tenemos que decir: «¿y vó' qué?». De una nos vamos pa´el despachadero de buses, pero en el camino él me dice que compremos un buen queso pa´ mi mamá, porque ese sancocho que seguro le está haciendo «mamá quinta» —como él le dice— no puede estar sin el mejor ingrediente del sancocho chocoano: el queso costeño. Aunque lleva décadas fuera de Quibdó, Anselmo se conoce esta plaza como la palma de su mano porque la recorrió mil veces cuando llegamos desplazados y, luego, cuando decidió quedarse a estudiar aquí.

Anselmo se toma en serio lo del regalo pa´ mi mamá y compra más de cuatro kilos de queso. Salimos pa´el bus y al llegar nos toca hacer una fila enorme pa´embarcarnos. Él se pone nostálgico y me dice mientras esperamos que, a pesar de tantos años en los que estuvo estudiando en Quibdó y trabajando con el tema étnico en Bogotá, nunca olvidará que su manito se quedó cuidando a «mamá quinta»; que eso nunca tendrá cómo agradecérmelo, porque a «mamá quinta» le debe todo y por eso ha venido. En esas un anciano nos interrumpe y le dice a Anselmo: «Mijo, con esa quesisa que llevas vó'ahí, te alcanza pa´ cuatro sancochos de camarón y hasta un kilo de arroz clavao!». Todos se ríen y Anselmo retoma la conversación diciéndome que también ha vuelto porque está muy emocionado con todo lo del Acuerdo de Paz con las FARC; que, como viene trabajando últimamente en eso, nos quiere contar pa´ ver si al fin sacamos a nuestra gente adelante.

Ya en el bus, Anselmo me explica lo feliz que está de volver a la tierrita. Después de tantos años en Bogotá y en las grandes ciudades, mi compa extraña el olor a selva húmeda que penetra todos los rincones del bus a través de las ventanas. Aunque no viva por acá, él se debe —como yo— a su tierra. Por unos minutos se queda lelo mirando por la ventana, como si estuviera reconociendo los olores y los rastros de nuestro pasado.

Cuando le ha pasado la nostalgia, le pido a Anselmo que me explique qué es lo que lo tiene tan emocionado. Me cuenta que en los últimos años ha trabajado con uno de los líderes afro que estuvo en la Mesa de diálogo entre el Gobierno y las FARC en La Habana, y que fue mucho lo que se consiguió pa´ los pueblos étnicos allá. Me cuenta que lograron incluir el Capítulo Étnico en el Acuerdo Final, donde se nos refuerza una cantidad de derechos y se plasman varias salvaguardas pa´ que la aplicación del Acuerdo no vaya en contravía de nuestros procesos, sino que, al contrario, se haga todo con la participación de nosotros y de acuerdo con las realidades de nuestros territorios.

Me surgen mil preguntas, pero el viejo del queso, que viene en la silla del lado, mete le cucharada antes que yo: dice que acaba de llegar de Cali, donde asistió a una reunión con gente del Gobierno en la que se socializó lo del Capítulo Étnico y varias cosas del Acuerdo de Paz. Mi compadre dice que le parece muy bueno, porque el Acuerdo reconoce la importancia de que los pueblos étnicos tengamos control de lo que nos afecta a nosotros y a nuestras tierras, territorios y recursos, y de que se respeten nuestras instituciones, culturas y tradiciones. Pero que a él también le gusta otra cosa: la integralidad. «¿Integrali-qué?», le pregunto. Anselmo se ríe y me dice que eso significa que los problemas se miran en toda su complejidad, en su conjunto, y que se buscan soluciones completas, integrales. Cuando nos damos cuenta, los demás pasajeros se han interesado en nuestra conversación.

Minutos después esto ya no es una conversación, sino una tertulia y Anselmo está respondiendo preguntas de todo lado. De repente, el bus frena en seco y todos quedamos en silencio: es un chambimbal gigante, en el que se quedaron atolladas las llantas traseras del bus. El conductor nos pide que le ayudemos a empujar, así que nos bajamos, pero me doy cuenta de que Anselmo no está por ningún lado. Volteo a mirar y lo encuentro contemplando la selva sorprendido, examinando una familia embera que está bajando hacia la carretera. Él, que lleva tanto por fuera, lo mira todo como si lo hiciera por primera vez. Me dice que le recuerda a los pasaderos, que eran los que cargaban en la espalda a las personas pa´ atravesar la serranía del Baudó: «esos manes podían cargar una persona todo el día en su espalda, increíble, ¿recuerdas?», me dice.

Logramos sacar el bus y seguir andando, pero no han pasado ni cinco minutos de recorrido cuando el conductor empieza a hablar. Su voz es gruesa y retumba. Recuerda con nostalgia su juventud y la tranquilidad en la que vivía, la misma que se vio interrumpida con la llegada de gente de afuera, con muchas personas interesadas en las tierras. Día tras día comenzaron a aparecer las ideas de esos cultivos nuevos y con ellos también los grupos armados. Desde ese momento, su familia y él cogieron miedo. Caen dos grandes lágrimas de sus ojos. Anselmo explica que tanto a él como a mí nos ha tocado duro con todo lo del desplazamiento y que sabemos que nuestra región es una de las que más ha sido azotada por el látigo de la violencia, sobre todo por el tema de la siembra. Todos lloramos en silencio.

Pasa el tiempo y caigo dormido. Rato después me despierta Anselmo, diciéndome que ya estamos en Puerto Meluk. Nos bajamos del bus y nos dirigimos a las champas pa´ conseguir transporte hasta nuestra comunidad, donde nos espera toda la familia con un suculento sancocho de camarón. De repente, nos encontramos con Julián: Increíble, el amigo de su mamá que solía transportarla a Puerto Meluk a hacer compras antes de que muriera. Se abrazan cálidamente. Julián le recibe el queso, las bolsas y la carga que traía y nos dice que será un honor llevarnos y compartir con nosotros.

Río arriba empieza a llover, como es costumbre en esta selva. Mientras Julián y yo cubrimos todo con plástico pa´ que no se moje, Anselmo sigue viendo el paisaje como si estuviera hipnotizado. Pareciera como si estuviera saboreando cada neblina, cada gota de agua lluvia y cada olor profundo de la selva. Esta es una tierra bendita por la naturaleza, pero también víctima de una maldición: terrenos pa´ cultivar plátano, por ejemplo, pero también coca, y una red de ríos y afluentes que permite sacar o entrar la mercancía que se desee y en el momento en el que se desee. Los centenares de comunidades afro e indígenas que habitan a lo largo del cauce del río Baudó saben, mejor que nadie, del peligro que navega sus aguas y que visita a menudo sus comunidades, resguardos y territorios colectivos.

Sale el sol y entonces parece que Anselmo se sacudiera de su trance. Le pregunto qué dice el Acuerdo de Paz sobre los cultivos ilícitos, que son un tema tan fuerte en el conflicto armado y en nuestro territorio. Dice que lo bacano es que ahora se mira distinto la cosa. Nos recuerda lo de la integralidad y dice que el Acuerdo de Paz no se queda hablando de los que consumen o de los que cultivan, sino que se piensa en toda la cadena: se mira el tema de la siembra de coca, el de la producción y la comercialización de drogas ilícitas, el problema del crimen organizado y el tema del consumo.

Así, se analiza el consumo como un tema de prevención y educación; la comercialización se mira desde la necesidad de combatir tanto el tráfico de insumos químicos pa´ convertir la coca en cocaína como a los grupos ilegales. Y, sobre todo, se mira el tema de la producción desde la sustitución de estos cultivos por otros, más que desde la simple erradicación sin garantías pa´ la gente, porque se ofrecen alternativas interesantes de proyectos productivos y se promueve el bienestar de acuerdo con las características de cada territorio.

PNIS → PDET

Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito

Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial

PDET

Plan Marco de Implementación

Anselmo continúa diciendo que el Acuerdo de Paz promueve la sustitución voluntaria: que esto ayuda a las comunidades que dependen de esos cultivos, pero también a todas las comunidades rurales. Pronuncia, entonces, un nombre rarísimo: el Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS) y explica que esta entidad busca soluciones de sustitución que beneficien a las comunidades. Subraya que la entidad encargada de ese programa debe depender de Presidencia, pa´ que sea capaz de coordinar a otros entes y tenga el respaldo que se necesita. Por último, nos recalca que ese programa debe ejecutarse de manera participativa y articulada con los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET); y se emociona al decirnos que, como lo acordaron en Bogotá nuestros líderes con el Gobierno Nacional cuando se estaba construyendo el Plan Marco de Implementación (PMI) del Acuerdo de Paz, el decreto que reglamente el PNIS debe ser consultado y concertado con los pueblos y comunidades étnicas.

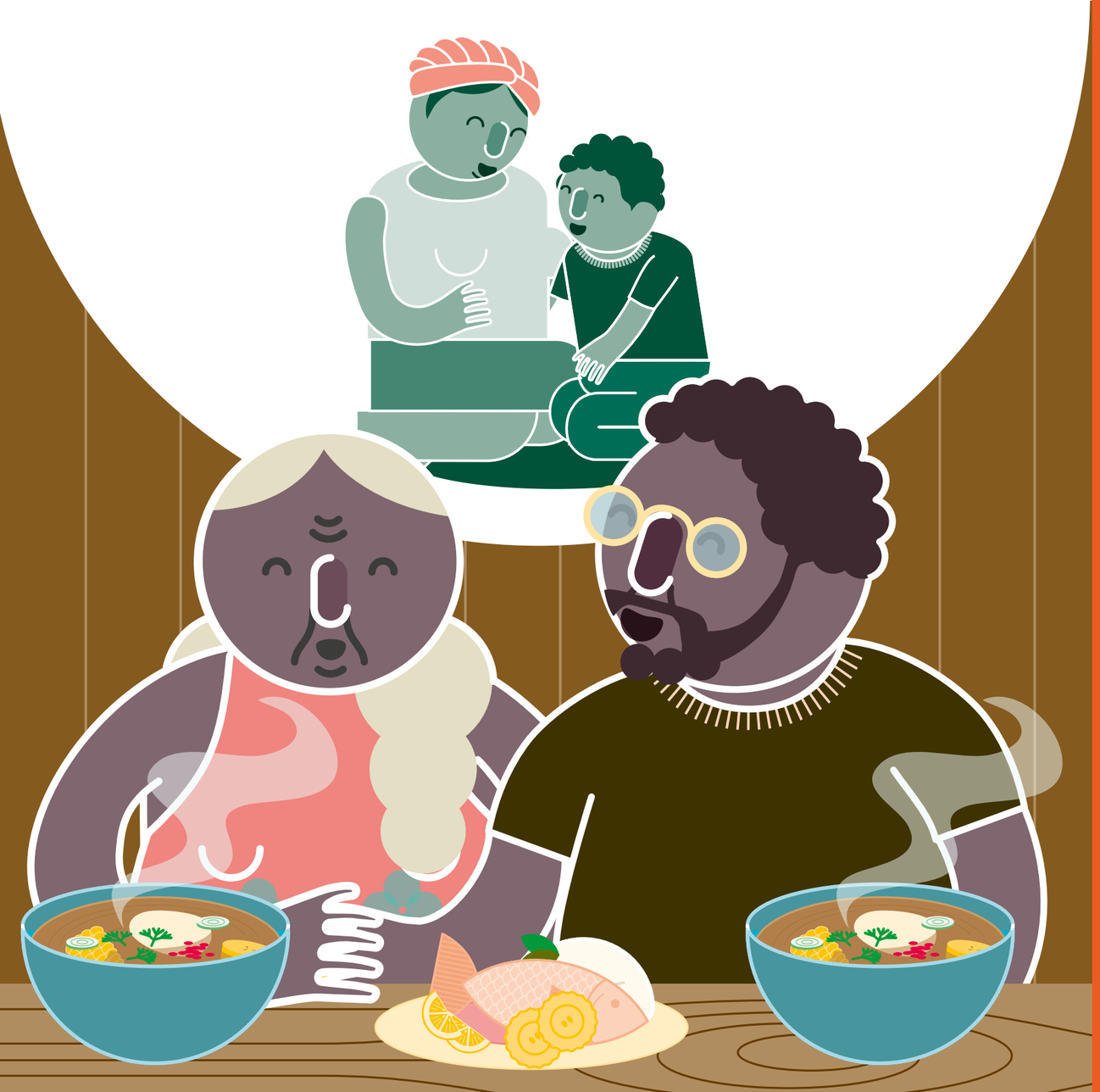
Julián, que ha tenido involucrados familiares en estos temas y está bastante interesado en la conversación, le pregunta a Anselmo cómo hacer pa´ que los tales PNIS que son «nacionales» se adapten a lo local. Mi manito le dice que pa´eso están los Planes Integrales de Sustitución y Desarrollo Alternativo (PISDA), que son la manera de aterrizar el PNIS en los territorios, haciendo que se busquen soluciones conjuntas entre los cultivadores y las autoridades, y que se promueva la sustitución de cultivos ilícitos. Además, comenta que mediante estos procesos no solo se buscan con las comunidades acuerdos de sustitución voluntaria, de no resiembra y de desvinculación a labores asociadas con los cultivos de uso ilícito o cualquier cosa que tenga que ver con ellos, sino que se debe garantizar que los PISDA que coincidan con territorios étnicos sean consultados y concertados con las comunidades étnicas de la zona. Finalmente, ya con su voz cansada de tanto hablar, dice que están los Planes de Asistencia Inmediata (PAI), que son medidas de apoyo inmediato pa´ garantizar que, al inicio del proceso, no les haga falta el sustento o la comida a quienes asuman estos compromisos.

Pienso en lo que ha dicho mi compadre y ahora soy yo quien comienzo a entusiasmarme: es cierto que esto tiene un aire diferente. Le pido que me dé más detalles de los tales PAI, porque suenan muy efectivos. Me cuenta que con ellos se apoya a las familias relacionadas con los cultivos ilícitos que quieran desvincularse, entregándoles mercados hasta por un año, apoyándolas con huertas caseras o terrazas, o, incluso, con especies menores pa´ que, poco a poco, salgan adelante y no reincidan en esos cultivos. Dice que también se pueden apoyar proyectos de generación de ingresos rápidos —como cultivos de ciclo corto, o proyectos con pescados, aves o marranos— pa´ sustituir las entradas de los cultivos ilícitos, brindando también el acompañamiento técnico necesario. Incluso, pa´ los recolectores hay asistencia alimentaria con mercados y opciones pa´ que se empleen temporalmente.

Mi compadre sigue contando más cosas, pero la verdad es que yo me distraigo pensando en la manera como estos pasos podrían ofrecerles alternativas a las personas que terminaron metidas en eso. También pienso en todo el dolor y el sufrimiento que podríamos haber evitado si los cultivos ilícitos no hubieran sido tan fértiles pa´ los actores armados: cuántos muertos y desplazados se habría ahorrado el Chocó con algo así. Mis pensamientos, llenos de esperanza e ilusión, comienzan a mezclarse con los ruidos de mi casa, que está cada vez más cerca. Escucho los cantos de los pelaítos bañándose en la orilla y el cacareo de las gallinas. Alrededor de ellos suenan los pájaros que nos vieron nacer. No puedo dejar de pensar que, si Anselmo llega a tener razón, quizás podamos volver a los viejos tiempos cuando todo era más pacífico.

Bajamos todo, comenzamos a caminar hacia la casa y veo a mamá esperando en el balconcito de entrada. Junto a ella están mi papá y mi hermana mayor con sus hijos y su nieta recién nacida. Por lo visto, ya todos han vuelto de la roza. Anselmo y mi mamá se dan el abrazo más fuerte y largo en la historia de la humanidad. Ella recibe el queso y las bolsas con una sonrisa y le entrega todo a una de sus nietas adolescentes pa´ que lo deje adentro. Julián comienza a despedirse, pero nos rehusamos a dejarlo ir. Solo entonces acepta comer con nosotros y aprovecha pa´ pedirle a mamá y a papá que por favor escuchen todo lo que mi manito tiene pa´ decir.

Una vez adentro, vemos que la comida está lista. Es un suculento banquete, porque mi mamá, como buena chocoana, demuestra su afecto cocinando delicias pa´ todos. Papá también es muy generoso y nos trae fresco de borojó pa´el calor. Nos sentamos en la mesa y la comida transcurre como de costumbre: todos comiendo esa sabroso sancocho de camarón de río con el toque fabuloso que le da el queso costeño que trajo mi manito, junto con los pescados pancha con plátano cocido y papa china, que son el otro plato preferido de Anselmo. Él anda tan emocionado que se tiene que parar de nuevo pa´ abrazar a «mamá quinta». Luego empieza a contarles todo lo que me contó a mí: lo del Acuerdo de Paz, lo del Capítulo Étnico, lo de la integralidad y todos los procesos de participación y de consulta previa con las comunidades afro que se vienen. Mis papás y Julián —y hasta mis sobrinos pequeños— escuchan con atención.



Tras escuchar todo lo que Anselmo ha dicho, papá toma la palabra. Agradece la visita de su «otro» hijo y dice que convocará a todos los miembros del Consejo Comunitario a una reunión, pa´ que oigan toda esta gran información y nos organicemos pa´ trabajar en estos temas que son tan importantes pa´ nosotros. Acto seguido, Julián dice que hará lo mismo con la gente de su comunidad. Entonces, «mamá quinta» cierra con broche de oro la cena y la ocasión: mira a Anselmo y le dice que aquí todos estamos muy orgullosos de él y que está segura de que doña Rufina, su mamá que lo aguarda desde el cielo, también lo está.

Anselmo me mira emocionado, incapaz de disimular las lágrimas. Como por arte de magia, volvemos a aquellas jornadas de nuestra infancia por un instante, aunque estamos en una tierra distinta de la que nos vio nacer. Evocamos nuestros cantos tímidamente, hasta que toda la familia se nos une y se arma el corrinche. Por un momento —que se prolonga varios minutos— sentimos que hemos vuelto a mejores tiempos y que algo que hace años habíamos extraviado ha regresado a nuestros corazones: la ilusión.